

derle el ducado de Milan que confinaba con los Estados hereditarios de la casa de Austria. Los contemporáneos inteligentes y bien informados pintan al pretendiente, el nuevo «rey Carlos III» como benévolo, sobrio y recto, de porte y pretensiones modestas, genio lento y dormido, vacilante en sus juicios y en todo lo demás el retrato de su padre, devoto hasta el fanatismo, serio y partidario declarado de todo lo antiguo. Hasta marzo de 1704 no llegó a Lisboa.

En el mismo año de 1703 se unió a los aliados otro mas importante todavía que el Portugal, el duque de Saboya.

Luis XIV no había omitido esfuerzo alguno para ligar al duque de Saboya permanentemente a la causa de Francia. Había casado a la hija mayor de este príncipe con el duque de Borgoña, destinado a ser algún día rey de Francia como hijo mayor del Delfín, y a la menor con el hermano de aquel, a la sazón rey de España con el nombre de Felipe V; y además de ser suegro de un rey actual y de otro futuro, debía mandar Víctor Amadeo II un ejército franco-hispano-saboyano destinado a operar en la Italia septentrional. Este era el estado aparente de las cosas; la realidad no era tan halagüeña. Cada vez que el duque reclamaba el mando en jefe, le contestaban los generales franceses con insolente orgullo que no había lugar; y no contentos con rechazar sus justas pretensiones con aspereza, le mostraban la mas insultante desconfianza y aun vigilaban todos sus pasos. Agregábase a esto que tanto el gobierno francés como el español se negaban a indemnizarle por sus sacrificios de cooperación militar con un engrandecimiento territorial correspondiente. Esto era ya demasiado para un príncipe impetuoso, apasionado, excitable y devorado por la ambición, como era Víctor Amadeo. Poco le costó, pues, dirigirse a principios del año 1702 a su contrario el emperador, sin contar que a ello le convidaban ya las tradiciones de su casa; pero Leopoldo hasta entonces se había resistido a negociar con él pareciéndole sus pretensiones exageradas, hasta que el espantoso vacío del tesoro imperial obligó al príncipe Eugenio a pararse en medio de su carrera victoriosa, dando lugar a un cambio fatal para el emperador tanto en Italia como en Alemania en el verano del año 1703. Víctor Amadeo ofrecía grandes auxilios en metálico, y tampoco andaba escaso en gastar el dinero para hacerse propicias a las personas influyentes; pero antes que nada de definitivo se firmara, quedó Luis XIV enterado de toda la intriga. El monarca francés envió al momento las órdenes oportunas al duque de Vandoma, el cual en setiembre de 1703 prendió a varios generales piemonteses, desarmó y disolvió algunos regimientos de caballería de la misma nación y exigió del duque de Saboya la reducción de su fuerza armada a 6,000 hombres, y la entrega de dos fortalezas principales. La carta que entregó al duque de Saboya de parte de su soberano, decía así: «Muy señor mío: Ya que nada significan entre nosotros ni la religión, ni el honor, ni el interés, ni los convenios, ni su propia firma de Vd., le envío a mi primo el duque de Vandoma a la cabeza de mis ejércitos para que le explique mi voluntad. El mismo le dará 24 horas de tiempo para decidirse. Luis.» No podía ni quiso tampoco someterse Víctor Amadeo a semejante trato vergonzoso y a tal tono amenazador. Sabiendo ya la suerte que le esperaba de la Francia que le consideraba y trataba como traidor, arrojóse en brazos del emperador. En 8 de noviembre de 1703 firmóse el convenio, en el cual se le prometió en cambio de su ingreso en la *grande alianza* un ejército imperial de 20,000 hombres y un ensanche territorial hasta el Tesino a costa de los ducados de Milan y de Mantua. Asegurado por este lado, y tratándose nada menos que de su existencia, arrojóse Víctor Amadeo con toda la impetuosidad de su carácter sobre su

temible enemigo, contra el cual contaba armar las milicias urbanas de sus ciudades y los valdenses de la sierra.

A la corte imperial y a la causa comun no podía venir mas a propósito este nuevo y valioso aliado, atendido el desgraciado rumbo que habían tomado los sucesos militares.

Para dirigir la terrible embestida al interior de Alemania y al corazón de la monarquía austriaca había elegido Luis XIV al mariscal Villars, el mejor de sus generales, cuyo ejército aumentó hasta 60,000 hombres mientras le preparaba un refuerzo de otros 30,000. Contra semejantes fuerzas casi nada tenía que oponer el margrave Luis de Baden, el cual mandaba en aquella parte las fuerzas aliadas y cuya situación por consiguiente no podía ser mas aflictiva. Las tropas imperiales que antes habían formado el grueso de su ejército, operaban a la sazón contra el elector de Baviera y en Hungría contra la sublevación cada día mas poderosa. Verdad es que la dieta del imperio alemán reunida en Regensburg, había decretado un total de 120,000 hombres que debían aprontar entre sí los diferentes Estados soberanos, pero estos soldados estaban solo en el papel; en efectivo Luis de Baden solo tenía 10,000, y estos pocos en un estado muy miserable y de tantas procedencias que un regimiento de caballería estaba formado nada menos que por cincuenta contingentes aprontados por otras tantas ciudades libres de Suabia. Con semejante ejército, a duras penas pudo el general defender la Selva Negra por medio de las líneas de Buehl contra los franceses; pero no había que pensar en disputar el paso del Rhin, y así fué que el mariscal Villars lo pasó a mediados del mes de febrero de 1703 tomando la fortaleza de Kehl en la orilla alemana para asegurar la entrada y salida. Al propio tiempo Maximiliano Manuel de Baviera alcanzó varias ventajas de menor importancia sobre las tropas imperiales, superiores en número, pero malísimamente dirigidas, y hubiera efectuado su reunión con el ejército de Villars, como estaba en disposición de hacerlo, si este, por fortuna de los alemanes, no hubiese juzgado imprudente un ataque sobre la Selva Negra en aquella época del año, y no hubiera preferido aguardar a hacerlo a mediados de abril y esto para cumplir órdenes urgentísimas del gobierno de Versalles. Villars apenas encontró resistencia en las peligrosas gargantas de estos montes, donde algunos contados batallones habrían podido detener mucho tiempo al ejército francés; pero el margrave Luis había concentrado sus pocas tropas en las trincheras de Buehl, y mientras le tenía allí en jaque el mariscal Tallard con su ejército del Mosela, Villars atravesó con el suyo el valle de Kinzig y reunió sus 30,000 hombres con los 40,000 bávaros de Maximiliano Manuel. De esta manera se formó un total de fuerzas tan superior a todo cuanto el emperador era capaz de oponerle, que lo mas acertado habría sido evidentemente seguir el plan de campaña del rey Luis XIV y atacar de una vez el archiducado ó sea el corazón del Austria. Afortunadamente para esta Maximiliano Manuel no quiso seguir este plan.

Inquietábanle a menudo escrúpulos y temores por su conducta traidora y su alianza con los franceses, y por otro lado no estaba bien avenido con el mariscal Villars, siempre altanero y codicioso. Por eso vacilaba y no se atrevió a emprender un movimiento tan decisivo que le expondría a la venganza mortal del emperador y podría costarle sus dominios hereditarios, mientras que sus bávaros, solo a la fuerza combatían al lado de los franceses contra el imperio alemán, la patria general. En situación tan comprometida, resolvió dirigirse primero al Tirol, conquistar esta provincia y reunirse con Vandoma en Italia, para despues con mayores fuerzas y mas esperanzas de éxito echarse sobre el archiducado de Austria. Luis XIV se mostró completamente de acuerdo con

esta modificación del primitivo plan, porque hacia mucho tiempo que se deseaba en Versalles apoderarse del Tirol para quitar al Austria el acceso al Milanésado, a la Lombardia y en general a la Italia. La ocasión parecia además propicia y el éxito seguro, porque las clases elevadas del Tirol estaban descontentas del emperador y de su gobierno, y apenas había tropas en el condado. Vandoma por otra parte estaba preparado para dirigirse al Tirol meridional, porque el excelente general austriaco Guido Starhemberg no tenía mas que 20,000 hombres para oponerse a los 50,000 de Vandoma, y se sostenía a duras penas en un campo fortificado en el Bajo Po, de suerte que dejaba a su contrario el paso franco cuando quisiese reunirse con los bávaros.

En 1703 penetró, pues, el elector en el Tirol, mientras Villars quedaba atrás para proteger la Baviera contra los ataques de las tropas imperiales. Todo marchaba bien; Kufstein, la llave del país, capituló porque su guarnición era demasiado débil para intentar la menor resistencia; el gobierno de la provincia estaba consternado, y los grandes en la parte septentrional y menos montuosa del país se dieron prisa a pactar con el invasor. En el espacio de una semana se apoderó Maximiliano Manuel de todo el país hasta Innsbruck, desde donde podía cuando le pluguiera dirigirse al Sur, pasar el Monte Brenner y reunirse en Italia con Vandoma. Púsose efectivamente en camino, pero no llegó muy lejos, porque Vandoma viéndose molestado por su flanco derecho por una division del ejército de Starhemberg, estaba a la sazón bajo el influjo de uno de sus ataques de indolencia, y no se movió del punto donde estaba. Mientras tanto se levantaron en masa por todos lados los montañeses del Tirol, siempre fieles a la casa de Habsburgo y temerosos del yugo odiado de los bávaros, y capitaneados por el valiente Martin Sterzinger, el Hofer de 1703, comenzaron una guerra de exterminio de los bávaros, cosa fácil atendida la escabrosidad del terreno en el cual solo ellos eran prácticos, y el auxilio que muy luego recibieron de un cuerpo de tropas austriacas. Poco faltó para que el elector de Baviera a su paso por el Brenner cayera muerto ó vivo en manos de los tiroleses que tenían ocupadas todas las gargantas y montañas y mataban desde las alturas a los enemigos con sus bien dirigidos tiros y con los peñascos que hacían rodar sobre los que marchando por los valles angostos y mas bien barrancas que valles no podían defenderse. El resultado fué que en agosto se juzgó el elector muy feliz con poder abandonar el Tirol con menos de la mitad de sus tropas; y Vandoma, que entonces justamente se había decidido a salir de su inacción, al llegar cerca de Trento tuvo que volver atrás cuando supo lo ocurrido.

Esta fué la primera vez en los tiempos modernos que un pueblo entusiasta y abandonado a sus propias fuerzas, se levantó en armas, y burlando todos los cálculos desbarató las combinaciones sutiles de los estadistas y grandes generales. Las consecuencias de aquel levantamiento fueron fatalísimas para la causa franco-bávara. A no ser por este descalabro en el Tirol, se hubiera visto perdido Starhemberg en el Norte de Italia, porque de vuelta de Trento no le inquietó Vandoma y fué directamente contra Víctor Amadeo cuya desercion de la alianza francesa acababa de saber Luis XIV. Entonces Starhemberg con una resolución jamás bastante alabada y desafiando los mayores peligros, emprendió su gloriosa marcha con la mitad de sus contadas fuerzas para correr al auxilio del duque de Saboya y salvarle de una ruina cierta. Con 12,000 hombres tuvo que atravesar todo el país enemigo, y pasar por delante del ejército de Vandoma para llegar a Asti, donde se reunió en enero de 1704 con el aliado de su soberano, el duque de Saboya, a quien encontró en la

situación mas angustiosa. Con el socorro de Starhemberg y a sus espaldas una línea de plazas fuertes ya era otra cosa, y podían las dos fuerzas reunidas aguardar mas tranquilas los refuerzos que debían enviarles los aliados para con ellos desembarazarse del todo del enemigo, todavía muy superior.

Mientras ocurrían estos sucesos en el Tirol y en Italia, se había visto Villars en grande apuro a orillas del Danubio. Tallard, su colega, mejor diplomático que general, y que al parecer tenía además celos de él por sus lauros militares, no había sabido impedir con sus 60,000 hombres que el margrave de Baden saliera con el grueso de sus fuerzas de sus líneas de Buehl-Stollhofen para verificar su union con el general imperial Styrum y se interpusiera entre el mariscal Villars y el elector de Baviera; pero a pesar de esto se unieron aprovechando la lentitud del general en jefe Luis de Baden, y así quedó otra vez igualada la partida. Pero en aquel momento el conde Styrum, uno de aquellos generales de tan poco talento como elevada alcurnia que tanto abundan en los anales de la historia militar del Austria, y que mandaba entonces el ala izquierda de los ejércitos del emperador y del imperio alemán combinados, se dejó sorprender y destrozar completamente por Villars en 20 de setiembre cerca de Höchstädt, y habría quedado aniquilada y acuchillada toda esta parte del ejército a no ser por el valor inquebrantable de tres regimientos prusianos a las órdenes del duque Leopoldo de Anhalt Dessau, tan célebre y popular en Prusia y en los anales de la historia militar de este país.

Villars, como era natural, quiso aprovechar esta victoria para destruir completamente el cuerpo de Styrum, pero Maximiliano Manuel, siempre temblando por sus Estados hereditarios, se opuso y se empeñó en atacar primero a Luis de Baden, que se había fortificado cerca de Augsburgo. Quejóse Villars a su soberano; pero Luis XIV, que no podía enemistarse con el elector de Baviera, al cual además debía estar sumamente agradecido, dió la razón a éste, y entonces disgustado Villars, depuso el mando en jefe que hasta entonces había ejercido con indisputable talento, en manos de Marsin, mas flexible que él, aunque militar insignificante. A pesar de esto, dió buen resultado el plan del elector, porque con sus fuerzas tan inmensamente superiores obligó a Luis de Baden a abandonar la importantísima plaza de Augsburgo, ciudad libre del imperio, y luego toda la Suabia, y tomar cuarteles de invierno, ocultándose triste y mohino en el angosto rincón de tierra situado entre el rio Iller y el lago de Konstanz.

Al mismo tiempo Tallard salió tambien de su inacción, tomó a Breisach y puso sitio a Landau, único trofeo alcanzado por los austriacos en la guerra de la Alta Alemania. Un numeroso cuerpo de tropas que los holandeses enviaron para socorrer la plaza se dejó sorprender y destrozar completamente junto al Speyerbach por Tallard y al día siguiente tuvo que capitular Landau.

Entre tanto habían quedado del todo abandonadas las tropas del imperio encargadas de la defensa de la línea fortificada de Buehl y Stollhofen, a quienes por toda munición las quedaban tres cartuchos por individuo. Los soberanos de la Alemania meridional habían gastado los subsidios que las potencias marítimas les pasaban para armamentos y contingentes, en banquetes y diversiones con bailarinas de teatro, estando además dispuestos como siempre a ponerse al primer peligro del lado de la Francia. ¡Qué situación la de Alemania! ¡Y todavía hay quien censure a la Prusia por haber dado al traste con semejante estado de cosas!

Por todos lados iba oscureciéndose el horizonte del Aus-

tria y condensándose la tormenta fatal que tan bien merecida tenía por su incapacidad, egoísmo y sandez. Véase lo que escribió entonces el príncipe Eugenio el emperador. «La mayoría de la tropa está desnuda y sin un maravedí; los oficiales se encuentran pobres como mendigos. Muchos sucumben á impulsos del hambre y de las privaciones; los enfermos mueren por falta de cuidado. En ninguna plaza fuerte hay provisiones de guerra, ni siquiera lo mas necesario para sostenerse un par de días.»

En 1.º de enero de 1704 tomó Maximiliano Manuel la ciudad fuerte de Passau, llave del Austria propiamente dicha, la cual le abrió el país que estaba poco menos que indefenso. Las avanzadas de caballería bávara llegaban hasta cerca de Linz. Al otro lado de Viena, en Hungría, mandaba el príncipe Rakoczy como dueño y soberano, reconocido por toda la población que decía que la casa de Austria había perdido sus derechos sobre la Hungría con su despotismo. Las tropas de los sublevados se habían engrosado con otras regulares que se les habían unido desde Polonia á instigación de Luis XIV; y el conde Palfy, jefe de las tropas austriacas, á duras penas podía sostenerse á la defensiva en Presburgo. El resto del país estaba en poder de los sublevados, y destacamentos de húsares magyares devastaban y saqueaban ya las provincias limítrofes, la Baja Austria y la Moravia. En una palabra, la casa de Habsburgo se encontraba en una posición tan desesperada como en el verano de 1683; solo faltaba que los húngaros y las tropas franco-bávaras operasen su reunión al pié de las murallas de Viena para acabar con la familia de los Habsburgos en su misma capital, como parecía ya indudable á fines de 1703 y á principios de 1704. La desaparición del Austria del mapa de Europa parecía entonces que iba á ser la solución inevitable de la gigantesca guerra inaugurada por Leopoldo I con su campaña de Italia, y por Guillermo III con la formación de la «grande alianza» contra la monarquía universal de Luis XIV. A pesar de toda la resistencia, oposición y riesgos, el rey de Francia podía tener esperanza de ver todavía antes de morir, realizado el proyecto de toda su vida; porque aunque había perdido en esta campaña algunas plazas fuertes á orillas del Mosa y del Rin, ¿qué significaba esto contra la adquisición de toda la monarquía española y contra el hecho de haber expulsado y exterminado la casa de Habsburgo de Alemania y Hungría? Una vez logrado esto, los Borbones habrían gobernado tan soberana y absolutamente en Alemania, en los Países Bajos y en Holanda, como en Francia y en España. Jamás estuvo Luis XIV tan cerca de ver realizados sus deseos como en aquellos meses últimos de 1703 y primeros de 1704. La solemne incapacidad del emperador y de sus consejeros habían sido los mejores auxiliares del rey de Francia.

En tan fatal momento, decidióse Leopoldo I á confiar al príncipe Eugenio, á pesar del odio que su talento le inspiraba, una especie de dictadura.

CAPITULO III

EL PRÍNCIPE EUGENIO Y MARLBOROUGH

El Austria se salvó de tan desesperada situación; pero no por su fuerza ni por méritos propios, sino por los de un extranjero, el príncipe Eugenio de la casa de Saboya, que teniendo exclusivamente por objeto el bien de la monarquía austriaca, lo sacrificó todo á este supremo interés y no des cansó hasta lograr un cambio completo del personal en todos los ramos de la administración y del gobierno. Arrancó del devotísimo y fanático emperador Leopoldo el permiso de confiscar los tesoros de todas las iglesias de sus Estados he-

reditarios para reorganizar, pertrechar y mantener el ejército, completamente abandonado y desorganizado. Mucho ocultó el clero; pero lo que le arrancó Eugenio en objetos y alhajas valió muchos millones, de los cuales no dió un maravedí á la corte para que lo empleara en sus monótonas y necias pompas, ni tampoco dejó caer ninguno en las innumerables manos que los codiciosos empleados de la administración antigua alargaron. Todo fué empleado en las necesidades del ejército.

Con mirada penetrante había visto Eugenio que el enemigo mas temible, de cuyo aniquilamiento dependía todo lo demás, era el bávaro con sus auxiliares franceses. Fuera de su país no eran los húngaros un factor de importancia con su caballería irregular; Vandoma, en Italia, distaba mas de cien leguas del centro de la monarquía; pero Maximiliano Manuel y Marsin á espaldas del ejército alemán, con sus primeras filas ya en territorio austriaco, su ala derecha apoyada en Kufstein, y la izquierda en Passau, amenazaban ya penetrar en cualquier momento en el corazón del Austria.

La cualidad mas característica é indispensable de los grandes capitanes y hombres de Estado es acertar á proponer un fin, una meta, y sacrificar á este objeto principal todas las consideraciones secundarias. Esta cualidad poseía el príncipe Eugenio como el primero. Era vergonzoso soportar los mofas y el descaro de los húngaros rebeldes sin castigarlos; era grandísimo el peligro y por demás aflictiva la situación en que se hallaban Victor Amadeo II y el general Starhemberg allá en el Piamonte; pero era preferible sacrificar todos estos intereses á dejar engreirse y campar en el corazón del país al elector de Baviera y á Marsin. El eminente general Heister, que mandaba en Hungría, recibió los auxilios mas precisos, solo para sostenerse contra los rebeldes; y en socorro indirecto del duque de Saboya y de Starhemberg solo se destacó un cuerpo reducido de tropas al Tirol meridional.

A pesar de economizar así las fuerzas disponibles, las de Eugenio y las del margrave Luis de Baden combinadas no podían medirse con las bávaras francesas, que reforzadas con el ejército de Tallard, componían un total de 120,000 combatientes, mientras las de aquellos apenas llegaban juntas á 80,000. En tales condiciones no había medio de pensar en provocar la lucha decisiva; pero Eugenio reconociéndola como cuestión vital entró en el curso del invierno en negociaciones con Marlborough para determinarle á acudir á su socorro desde los Países Bajos y aniquilar entre ambos al elector de Baviera, diciéndole que mientras el Austria tuviera esta mortal espina clavada en su cuerpo no podía operar con energía y esperanza de éxito contra el enemigo general, la Francia.

Lo acertado y lo grande de este plan impresionaron vivamente á Marlborough, que además estaba deseoso de salir del angosto círculo de las fortalezas belgas, para ganar los lauros que allí no podía, sacar á la coalición del atolladero en que estaba, y librarse al mismo tiempo de las envidias y odios mezquinos de los holandeses. Aceptó, pues, el plan del príncipe Eugenio y desde aquel momento dedicóse á su realización con toda la férrea energía y fría seguridad que le caracterizaban.

Con esto realizóse la acción simultánea y cooperativa de estos dos famosos é ínclitos capitanes, que debía decidir la suerte de la guerra en favor de la gran liga germánica contra la preponderancia tiránica francesa. Como antes Guillermo III de Orange, y antes de éste, aunque en un círculo mas modesto, Federico Guillermo de Brandeburgo, eran entonces Marlborough y Eugenio las firmísimas rocas contra las cuales debían quebrarse impotentes y deshacerse en vana

espuma las olas roedoras é incesantemente renovadas del dominio francés. Eugenio y Marlborough, mejores generales que aquellos sus dos predecesores, supieron con talento sumo encauzar en estrechos límites la mar desbordada y enfurecida de las fuerzas contrarias, para luego dominarla mejor.

Poco costó obtener la aprobación del gobierno inglés para el plan del príncipe Eugenio, máxime estando ya bajo la influencia de Marlborough, y deseoso además de dar una dirección mas racional y uniforme á las operaciones parciales sin plan ni energía ni lazo comun de la coalición. Faltaba decidir en favor del proyecto á los Estados Generales de Holanda que hasta entonces habían hecho mas que nadie en favor de la coalición, contribuyendo á ella con obras y sacrificios y no con vanas palabras, porque tan reducido territorio mantenía sobre las armas en 1704 nada menos que 160,000 soldados, cuyo sueldo subía á la entonces increíble suma de 26 millones de florines anuales, sin contar la escuadra imponente y los muchos millones que pagaba por subsidios. Con tales sacrificios es muy excusable que la república insistiera en asegurar y defender antes que todo sus propias fronteras é intereses; que mirara con justo desprecio al emperador de Austria y al imperio alemán, masas tan grandes como torpes, indolentes é insensibles; y que pensara: «tanto peor para ellos si no saben ó no quieren defenderse. ¿Era justo y racional que la pequeña república holandesa se encargara de salvar tan dilatado imperio?» La seguridad de su patria, las mayores ventajas de su comercio y la adquisición de una barrera en Bélgica, eran los únicos objetos racionales por los cuales intentaban luchar los holandeses. Es natural que con tales disposiciones no se atreviera Marlborough á comunicarles nada del vasto plan del príncipe Eugenio y de su proyecto de cooperar á él; por lo cual se limitó á hablarles de una diversion que tenía ganas de ejecutar hacia la cuenca del Mosela, empresa que fácilmente podía presentarse como inmediatamente ventajosa para los Países Bajos. A pesar de esto costó á Marlborough grandísimo trabajo y negociaciones personales en la primavera de 1704 antes de lograr el consentimiento de la república para su empresa.

Conseguido este permiso reduciase el problema para el margrave Luis de Baden y el príncipe Eugenio á sostenerse firmes hasta mediados de junio, que era la época en que Marlborough debía llegar al Alto Rin. Por fortuna suya los generales franceses que tenían en frente no tenían ya el genio resuelto y decidido de los de otros tiempos; esta vez eran caballeros cómodos y previsores, enemigos de fatigas excesivas y de exponer su vida y reposo sin gran necesidad. Hasta mediados de mayo no empezó Tallard á llevar nuevos refuerzos al mariscal Marsin, evitando á la ida y á la vuelta por medio de un rodeo el encontrarse frente á frente de las líneas atrincheradas del margrave Luis y de la fortaleza de Friburgo. A esto se redujeron las operaciones de las huestes bávaro-francesas, tan superiores á las imperiales en todos conceptos. Al propio tiempo habíase reunido Eugenio con el margrave de Baden en el campo fortificado de este cerca de Ethingen en Suabia, y se había puesto en camino Marlborough en dirección del Mosela. Al llegar cerca de Coblenza, cambió repentinamente de itinerario, atravesó con su ejército el Rin y se dirigió á marchas forzadas por la orilla derecha al Neckar dejando con la boca abierta á holandeses y franceses. Cerca de Grossheppach reuniéronse los tres caudillos aliados, el margrave, que era el de mas edad en el ocaso de su gloria; Eugenio, el mas jóven y mas famoso de los tres, y Marlborough destinado á exceder á ambos en gloria militar. Eugenio, noble y modesto, y como siempre dispuesto á sacrificarse por el buen éxito de sus empresas cuando se trataba

de actos patrióticos, se encargó de la parte mas ingrata, es decir, de la defensa de las líneas atrincheradas de Buehl, mientras el margrave y Marlborough con 52,000 hombres iban á atacar á los bávaros y franceses del elector y de Marsin, que reunidos contaban 63,000 combatientes. Ambos convinieron en que cada uno tendría alternativamente el mando en jefe, un día Luis de Baden, y otro Marlborough. El elector de Baviera había encargado al conde de Arco la defensa del paso del Danubio poniendo á su disposición 10,000 hombres de tropa escogida y habiendo fortificado completamente la vecina montaña del Schellenberg. Llegaron allí los aliados el 2 de julio de 1704 [puesto ya el sol; y Marlborough que aquel día tenía el mando en jefe dió la orden de ataque, á pesar de ser hora tan adelantada, cabalmente para que el enemigo no pudiera recibir socorro del grueso de sus fuerzas. Salió la empresa perfectamente y la victoria no pudo ser mas completa; al cerrar la noche estaban en poder de los imperiales y sus aliados el Schellenberg y la ciudad de Donauwoerth, habiendo perdido el enemigo además dos terceras partes de sus brillantes tropas, entre muertos y prisioneros. Penetraron en seguida los aliados en Baviera y la devastaron horrorosamente en castigo de la traición de su soberano. Por tanto, ya no pudo pensar Maximiliano Manuel en atacar los Estados del Austria cuando apenas podía salvar los suyos propios. Con este objeto á instancias de su esposa y de sus servidores mas fieles entró en comunicación directa con la corte de Viena solicitando abrir negociaciones. Luis XIV, para no perder tan buen aliado, le prometió toda la Bélgica, una gran parte del electorado palatino, y las ciudades libres de la Suabia meridional. Estaba vacilando el elector no sabiendo qué hacer, cuando le dijeron que Tallard había pasado el Rin y la Selva Negra con 30,000 hombres de tropas frescas y que se aproximaba á marchas forzadas para prestarle auxilio. No necesitó mas; rompió las negociaciones entabladas con el emperador, y abandonando por lo pronto sus propios Estados al furor del enemigo, emprendió la marcha en dirección del Oeste y se reunió en Augsburg con Tallard. Eugenio había previsto este movimiento, y dejando una débil guarnición en las trincheras de Buehl acudió con sus mejores tropas á reunirse cerca de Donauwoerth con Marlborough y el margrave de Baden, porque era evidente que allí había de decidirse la campaña, á juzgar por la reunión de tantas fuerzas; y porque Marlborough solo alcanzando una señaladísima victoria podía justificar ante su gobierno y el de Holanda su atrevida escapatoria con todo su ejército al sur de Alemania.

Si regresaba sin haber alcanzado una ventaja trascendental, quedaban reducidas las operaciones militares para un tiempo indefinido al ataque y defensa de unas cuantas plazas fuertes fronterizas y secundarias, ó quizás se disolvería la coalición por completo. Estas reflexiones, sin embargo, no convencieron al viejo margrave Luis de Baden, para el cual el arte de la guerra consistía en astutas maniobras, marchas, contramarchas y tomas de plazas fuertes; todo lo demás era, segun decía echando una mirada maliciosa de reojo al príncipe Eugenio, hacer la guerra «á lo húsar.» Hubo pues que contentarle confiándole la empresa del sitio de Ingolstadt, bien que con el sacrificio de un escogido cuerpo de ejército de 20,000 hombres que fué preciso darle, mermando con esto sensiblemente las fuerzas restantes. Con esto, sin embargo, Marlborough y Eugenio quedaron dueños de operar á su gusto. Arreglada esta dificultad, marcharon en busca del enemigo al cual encontraron ocupando fuertes posiciones cerca de Höchstädt, donde el año anterior había alcanzado tan brillante victoria sobre las tropas aliadas. El ala derecha mandada por Tallard se apo